

## Historia de un viaje de seis semanas (Sabina Editorial)

Mary Shelley

Por Esther Peñas

19-12-2017

Buenos días (que, a pesar de las horas, aún no hemos almorzado). Estar en Enclave siempre es motivo de júbilo para mí, es un lugar para habitarlo, donde al prodigio siempre se le espera, así que gracias, una vez más, a María y Pino, por todo. Agradecida quedo a cada una de las personas aquí presentes, por querer compartir con nosotras este alumbramiento, *Historia de un viaje de seis semanas*, esta hermosa mañana de domingo. Y gracias a Carmen Oliart, por convocarme de manera un tanto insensata a este encuentro, porque han de saber ya mismo que el único mérito que me asiste para disfrutar del regalo de estar aquí sentada, hablándoles de esta delicia de libro, es su insensatez.

No voy a detenerme en el aspecto biográfico de Mary Shelley, diré que es imposible no quedar fascinada por ella a poco que una se acerque a su biografía, además hay una breve pero certera introducción. Se me ocurren pocas vidas tan errantes, tan intensas y tan teñidas de la sombra de lo infausto, de lo aciago, como la de Mary Shelley, acaso la de Ambroise Bierce o la de Horacio Quiroga pueden entrar en liza. Hay vidas que están a la altura de las mejores obras literarias escritas en cualquier época. La de Mary Shelley, sin duda lo es. Es un legado.

Doscientos años después de la fecha en la que se publicaron, Sabina Editorial edita *Historia de un viaje de seis semanas*, con algunas modificaciones respecto del original. Algunas cuestiones llaman la atención sobre estas cartas. Por ejemplo, la frescura, la lozanía, lo ágil de su estilo. No son cartas que respondan a un obligado cumplimiento de cortesía, que también, son textos repletos de vida. Leyendo este puñado de páginas una advierte la diferencia entre ser turista y ser viajera. Y Mary Shelley, desde luego, viajaba.

Allá por las tierras que atraviesa las hace suyas, mira sin prejuicio, con la inocencia de querer ver, de dejarse traspasar, viaja con el asombro que no parte de un prejuicio, no trata de convalidar ideas preconcebidas, no lleva convencionalismos en el equipaje, sino que observa, huele, toca, saborea, deja que el paisaje le cuente. Mary Shelley no solo ve el paisaje, Mary Shelley siente el paisaje y por eso lo que nos ofrece en estas cartas es la experiencia humana en relación con el territorio.

Así, encuentra a las mujeres francesas con tocados altos y chaquetas cortas, detecta algo grato en sus modales, recibe la insolencia gala; se alegra de la

limpieza suiza, del uso abundante del lino blanco; se escandaliza de lo espantoso de viajar en una diligencia alemana, del sinfín de inconvenientes que han ideado los holandeses para quienes transiten sus carreteras...Y es capaz de hacer de la síntesis un cuadro impresionista en el que, con unas rápidas y en apariencia descuidadas pinceladas, nos adentra en su ángulo de visión y en la temperatura exacta de lo que está sintiendo:

“Maguncia es una de las ciudades mejores fortificadas de Alemania. El río, que es ancho y rápido, la protege por el este, y las colinas, que la rodean a lo largo de tres leguas, presentan vestigios de fortificaciones. La ciudad en sí es vieja, las calles estrechas y las casas altas: la catedral y las torres de la ciudad todavía conservan huellas de los bombardeos que tuvieron lugar durante la guerra revolucionaria...”

Esta es otra de las cualidades que van tejiendo su discurso epistolar: dejar constancia de la historia de aquellas ciudades por las que viaja. Así, apunta que los conquistadores de Francia, no contentos con recuperar el botín sustraído por Napoleón, con maldad estéril (hermosa imagen, ‘maldad estéril’) destruyeron los monumentos erigidos para conmemorar su propia derrota o medita sobre la entrada de los rusos en Troyes y va tejiendo, casi de manera inadvertida, un mapa anímico de la Europa (o de parte de la Europa) del XIX. También hay lecturas, se invoca a don Quijote y a Sancho, a Lord Byron, leyendas que rescata, como la de ese glacial perpetuo, frente a Brunen, y que recuerda vagamente a ‘La mujer muerta’, en Segovia, en el que murieron sepultados por una avalancha un cura y su amante y cuyas voces lastimeras aún se pueden escuchar las noches de tormenta.

Tormenta. El paisaje lleva el paso. La naturaleza, el latido. Los prados de heno, los anfiteatros de colinas cubiertas de vides, irregulares y rocosas; el placer encendido al refugio de los sombreados cobijos de un bosque; la frondosidad inaudita de ciertos parajes...

“Hacía una tarde preciosa, y el paisaje era lo bastante hermoso como para lograr que olvidáramos nuestra fatiga: la luna en forma de cuerno estaba suspendida en la luz del crepúsculo y proyectaba un inusual resplandor rojo oscuro sobre las montañas cubiertas de pinos y los valles oscuros que aquellas rodeaban; a intervalos, se abrían hermosos prados en el bosque, intercalados por pintorescos grupos de árboles, y los pinos oscuros ensombrecían la carretera”.

No lo hace explícito, pero da la sensación, al leerla de que se produce una reversibilidad de la mirada, que como san Agustín, saciada y contenta de haber visto la naturaleza, dirige hacia sí los ojos del alma. Cuando Mary Shelley

describe la naturaleza están muy presentes los versos de Hölderling: “ser uno con todo lo viviente, volver, en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza”. Solo las preguntas que se refieren a la esencia de las cosas tienen sentido, y Mary Shelley mira esa esencia, y las acoge, entusiasta, e incorpora toda esa belleza errante, errante como su vida.

Insisto, ya terminante, en el regocijo que produce esta lectura en tanto que viaje. Mary Shelley no se arredra ante las incomodidades del viaje, que son muchas y de diversa índole (insuficiencia de víveres, hambre latente, jergones donde se hace imposible el descanso a pesar de la fatiga, la escasez de dinero como un depredador que la persigue, el pillaje de algunos hombres con los que se encuentra en el camino, la hostilidad a veces) sin embargo, nada de eso enturbia ese mirar tan suyo, tan personal.

Como tantas otras mujeres (en España tenemos muchos casos, Concha Méndez con Altolaguirre, Josefina de la Torre con Alberti, Ernestina de Champourcín con Domenchina), Mary Shelley se dedicó a recopilar, publicar y aventar la obra de su marido, Percy Shelley, no exactamente descuidando la suya pero sí con tal vehemencia que durante demasiado tiempo era, como las otras mencionadas, la esposa de (porque a pesar de considerar el matrimonio como el cadalso de la pasión y a libertad, se casó para evitar más problemas de los que la pareja ya tenía –y no eran pocos).

Por fortuna, hoy en día Mary Shelley ocupa su lugar, su lugar propio, al margen de su madre, de su padre, de su esposo. Y no sólo por ese monumento inagotable llamado *Frankenstein o el moderno Prometeo*, sino por otras obras formidables como la autobiográfica *Mathilda* o la de trasunto casi existencial *El último hombre*, pero también por exquisitos y delicados textos como esta *Historia de un viaje de seis semanas* que comenzó un 28 de julio de 1814, “el día más caluroso que haya conocido en este clima en muchos años”, y a través de cual quienes la leemos seguimos siendo un poco nómadas.

Muchas gracias por su atención.